

VIRGINIA YAGÜE

La ÚLTIMA
PRINCESA
del PACÍFICO

Era su tierra. Una colonia tan hambrienta
de emociones como su alma



Virginia Yagüe



La última princesa
del Pacífico

 Planeta

Fotografías de las guardas:

Guarda delantera: © University of Texas Libraries © Heritage Images / Index

© Bridgeman Art Library / Index

Guarda trasera: © University of Texas Libraries © Adoc-photos / Art Resource,
NY © AESA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Virginia Yagüe, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2014

Depósito legal: B. 15.465-2014

ISBN: 978-84-08-13149-6

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Liberduplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

—

PRIMERA PARTE	
INCONSCIENCIA.....	9
SEGUNDA PARTE	
REVELACIÓN.....	203
TERCERA PARTE	
ABANDONO.....	319
Nota de la autora.....	445

Comenzaba a clarear cuando salí de casa con cuidado de que nadie me viera y enfilé hacia San Juan de Letrán con la firme decisión de llegar al revellín de la muralla. Quería aprovechar las primeras luces de la mañana para hacer desde allí unas fotografías del paseo de Magallanes con el Pasig de fondo. Conseguir el permiso de mi madre para hacerlo hubiera resultado inútil, así que había decidido ponerme en pie cuando todos en la casa aún dormían. Me hubiera gustado tener los fuertes brazos de nuestro criado Basilio para transportar la caja donde guardaba mi cámara fotográfica y el trípode que siempre la acompañaba, pero, a pesar de contar con la fidelidad del servicio de mi casa, no quise involucrarlos en mis planes.

Sabía que los soldados que hacían guardia en la muralla eran hombres curtidos y tendría que desplegar una buena batería de justificaciones para conseguir que me dejaran acceder al revellín. Lo había previsto y, por si mi empeño no fuera suficiente, llevaba preparados en los bolsillos de la chaqueta unos dulces y unas cuantas monedas para sobornarlos.

Casi había llegado a mi destino cuando una mano

aferró mi hombro y me detuvo en seco. El inesperado tirón hizo que mi peso se descompensara hacia atrás y el trípode estuvo a punto de caer al suelo. No tardé demasiado en equilibrarme y, asustada, me di la vuelta de inmediato. Frente a mí se encontraba un soldado alto y corpulento que al ver mi cara sonrió mostrándome una dentadura sucia y desafortunadamente despoblada.

—Eres más guapa que las otras.

Su aliento apestaba a alcohol y resultaba evidente que estaba borracho. Comenzó a acercarse hacia mí tambaleándose. Retrocedí, incapaz de articular palabra. Nunca antes había sentido aquel miedo atenazante, que parecía recorrerme de pies a cabeza y me impedía gritar. Pensé que sería incapaz de moverme, pero no tardé en notar cómo mi cuerpo reaccionaba, haciéndome girar y salir corriendo por la calle. El peso que arrastraba ralentizaba mi huida y al soldado no le costó darme alcance, acorralándome contra una de las paredes de la muralla. Traté de zafarme golpeándole con el trípode, pero su corpulencia se impuso sin dejarme opciones. Una vez que me tuvo completamente inmóvil, acercó su cara a la mía mientras su sonrisa se acompañaba de aquel aliento pestilente.

—Ya está bien de juegos. Tú eres para mí.

A la humedad de su lengua en mi cuello le siguió una profunda náusea que supuso la inmediata liberación de mi garganta. Mis gritos no tardaron en auparse por encima del repicar de las campanas de San Juan de Letrán. Asustado por el jaleo, el soldado se separó de mí y salió corriendo lo más rápido que pudo. Noté cómo mi cuerpo perdía la fuerza y mis sentidos se fijaban en detalles sin importancia como el repiqueteo de las suelas en el ado-

quinado del grupo de dominicos que vino a atenderme. Mientras trataban de incorporarme alcancé a ver cómo un par de soldados detenían a mi perseguidor. Sus gritos, maldiciendo aquella tierra y su mísera fortuna, es lo último que recuerdo.

Cuando me desperté en mi cama pregunté por la suerte de mi cámara Merveilleux, que afortunadamente resultó ilesa. Después de aquello, mi madre no me dirigió la palabra en tres semanas y del soldado no volví a tener noticia. A partir de ese momento todo empezó a cambiar.

No quería culpar al soldado de lo sucedido. Ningún español recién llegado a las islas sabía lo que significaba el *tag-ulan*, pero cuando comenzaba a llover con aquella virulencia, sin un minuto de pausa, llenando la selva y la vida entera de los que vivíamos en aquellas islas, todo comenzaba a percibirse de otra manera. Durante años, con la llegada constante de reemplazos de funcionarios y militares, había observado cómo aquellas miradas nuevas se dirigían al cielo, pasmadas por la tibieza del agua y aquel bochorno que la lluvia no aplacaba. Los recién llegados trataban de teñirlo todo de una agradecida sorpresa aunque no pasaban demasiados días hasta que ese esfuerzo era evidente y la inicial simpatía se convertía en una pesada carga. Confirmar que la lluvia seguiría siendo torrencial durante meses significaba entender que ya nada sería igual. Enfrentados a aquella realidad, había visto a hombres fornidos llorando como niños o caminando borrachos junto a las murallas, intentando adaptarse a aquella inesperada vida que les había tocado

en suerte y que, como aquel soldado que se me había echado encima, les sumía en la angustia de saberse cercados, aislados al otro lado del mundo, en la pérdida y última colonia de Oriente.

Desde que tenía recuerdo la lluvia ocupaba Manila la mayor parte del año y con cada gota se había ido acumulando un sedimento de consciencia que había terminado por hacerme más filipina que española.

Solía imaginar a muy distinta gente entregándose al mismo ritual, a la necesidad tantas veces olvidada de algo tan primario como oler. La misma que llevaba a las mujeres a acercarse hasta la piel de su recién nacido como si reconocieran un exclusivo perfume o la que generaba la repulsa de los indígenas al considerar malolientes a los peninsulares y que me recordaba los insultos recibidos durante mis juegos de infancia —«Marumi kastila! Marumi kastila!»—. Tras los gritos, yo me refugiaba en los brazos de mi padre hasta que mi *baba-babae*, mi niñera querida, me llevaba a mi cuarto y me metía en la cama mientras yo lloraba con desconsuelo. Bernardita tuvo que lidiar conmigo en varias ocasiones de desesperación, como esa ocasión en que el arrebató me llevó a cortarme la melena.

—¿Por qué has hecho algo así? —me preguntó, una vez que la furia de mi madre se hubo aplacado—. ¿No ves que no servirá de nada? El pelo volverá a crecer y volverá a ser como siempre fue.

—No quiero ser como soy. —Lloraba inconsolable—. Quiero ser como tú. Como las mujeres de la cordillera.

La ternura y paciencia de Bernardita eran infinitas. Me acarició el pelo corto mientras el tono de su voz aterciopelada me envolvía.

—Tonterías, niña. Cada uno nacemos para algo.

—¿Y yo? ¿Para qué he nacido, Bernardita? ¿Para que los demás se rían de mí?

—No, princesa...

Recordaba cómo su mano se había deslizado en busca de mi barbilla, obligándome a incorporarme y mirarla fijamente.

—La vida entera se trata de eso. Averiguar para qué estamos en este mundo. ¿Y sabes una cosa? —Hizo una pausa mientras yo dejaba de llorar y ensanchaba mis ojos de niña—. El que no se atreve a vivirla nunca resuelve el misterio.

A pesar de haber dejado hace tiempo de ser una niña, mi habitación, situada en la segunda planta de la casa, todavía mantenía aquellas paredes azules decoradas con cenefas florales y querubines mofletudos que remataban el artesonado de madera. Solo se tenía la sensación de estar en el cuarto de una joven de diecisiete años cuando se reparaba en el vestidor de pie junto al armario de dos lunas, traído ex profeso apenas un año antes cuando el volumen de mis vestidos necesitó mayor espacio para su almacenaje, o el pequeño pero exclusivo tocador con las tenacillas para domar el pelo y los juegos de peine y cepillo de plata que habían sido regalo de mis diecisiete.

Nuestra casa estaba situada en la calle Legazpi y, como casi todas las casas de españoles, se encontraba dentro de la ciudad murada. Solía escucharse el ajeteo del exterior, cercana como estaba la casa a la siempre agitada y comercial Puerta del Parian, con el río Pasig a la izquierda y de camino, una vez atravesado el paseo de Magallanes y el puente de España, hacia el movido ba-

rrio de Binondo. Todo ese trajín de las calles quedaba sumido en un extraño limbo durante la hora de la siesta. Nada reseñable podía ocurrir en ese tiempo de encierro obligado que yo aprovechaba para escapar al sótano, el lugar que años después marcaría mi vida por motivos muy distintos, y que en aquellos días escogía para revelar las imágenes que quedaban capturadas en las placas de mi cámara. La oscuridad del sótano lo convertía en el lugar perfecto para el proceso de revelado que, tras años de práctica, había conseguido dominar con soltura. Había adaptado aquel espacio y me gustaba disfrutar de aquellos momentos de soledad donde, en casi total oscuridad, pasaba las placas del chasis de la cámara al tanque de revelado. Era un proceso pulcro, que exigía concentración y movimientos eficaces para sujetar las placas dentro del tanque y después introducir los distintos líquidos químicos del revelado. Aquella cámara había sido el regalo de un amigo francés de la familia. Consciente de mi carácter curioso, mi padre me alentó a estudiar y practicar la fotografía, regalándome material y permitiendo que le acompañara en sus viajes para tomar distintas imágenes de las islas. Supongo que por aquel entonces no era capaz de imaginar las dimensiones que alcanzaría aquella sugerencia que más pronto que tarde se convertiría en mi vida, llenaría mi tiempo y mis inquietudes y, sobre todo y para escándalo de mi madre, me serviría para escapar de la monotonía a la que se veía obligada una joven española en aquellas islas.

Hasta medio año antes yo sabía que, escudada por el mar de China y la inmensa tierra de Asia, nada podía competir con la temporada de lluvias, donde el tiempo quedaba suspendido y solo importaba la subida del río,

las inundaciones y, en especial, los poderosos tifones. Sin embargo, a mediados del año anterior todo había comenzado a cambiar. Mi despreocupación y libertad habían empezado a desvanecerse al tiempo que se acercaba mi mayoría de edad y el incidente con el soldado fue la gota que colmó el vaso. Nunca se habló de forma expresa, pero supongo que fue aquella situación la que armó de razones a mi madre y supuso que mi padre se alejara de mí cediéndole a ella las riendas. El cambio fue gradual, casi inapreciable, con los primeros regalos de tocador, los vestidos largos que llegaban de Madrid, las negativas para acompañar a mi padre en sus viajes... Lo cierto es que, poco a poco, había dejado de hacer las cosas que antes solía hacer, y mis salidas y entradas eran mucho más escasas y siempre pasaban por una estricta supervisión. Conforme esto ocurría, una riada de pretendientes había comenzado a visitar mi casa a la hora de la merienda. Mi madre había sido clara al respecto.

—Debes mostrarte radiante y educada en la antesala. Mientras yo espero con el chocolate, tú subirás por las escaleras dejando que la cola de los vestidos luzca. Y, sobre todo, Carlota, tienes que prestar especial atención a no decir ningún inconveniente. Eres demasiado impulsiva. Mil veces le dije a tu padre que no podía educarte para decir lo que piensas. Él no me escuchaba, y ahora tendremos que desandar lo andado.

Mi misión era comprometerme y casarme. Era lo previsible si hubiera encajado dentro de los parámetros de lo corriente, pero como mi madre me recordaba sin parar, ese no era el caso. Sin embargo, pese a no ser una joven al uso, no podía evitar ponerme nerviosa cada vez

que se acercaba la hora de la exhibición, presa de una sensación tan amarga como desesperanzadora.

Entré en mi cuarto antes de que hubiera terminado el tiempo de la siesta, pero de nada me sirvió porque mi madre ya se encontraba allí, esperándome.

—Vienes del sótano, sucia y sin haber descansado. ¿Cuántas veces te he dicho que la siesta es buena para la piel y la figura? —Me miró de arriba abajo, tajante, con ese aire de superioridad y decepción constante que parecía ya impreso en su rostro a la hora de dirigirse a mí—. Ahora tendrás mala cara. Y esta tarde tenemos que salir.

—¿Salir? ¿Dónde? —Mi corazón comenzó a excitarse. Por lo menos había cierta variación sobre el plan esperado.

—Una recepción en el Cabildo. Tu padre insiste en que vayamos y me parece un momento estupendo para que te dejes ver. Quiero que te pongas el vestido azul. Te sienta especialmente bien y resalta tu pelo.

—Me pondré el negro.

Miré a mi madre con un aire nuevo, copiando las maneras que ella misma utilizaba conmigo. Noté su sorpresa ante mi contestación. Sabía que en mi réplica había un desafío consciente y que esto la irritaría. Pero no me importaba. Era mi pequeña rebelión ante un destino trazado y la pérdida de mi libertad. Sabía que ella desaprobaría el gesto pero que finalmente transigiría, así que decidí apuntalar mi decisión.

—Descuida. También resalta mi pelo —dije con una voz más grave de lo habitual.

—Bernardita vendrá ahora mismo para ayudarte con el aseo y el vestido. Pero que no se te olvide. Te debes a tus apellidos.

No hubo más réplica y cuando salió del cuarto me sentí aliviada aunque también algo culpable. No quería ser una mala hija aunque mi nombre completo resonaba en su voz como una pesada losa. Me negaba a convertirme en una mujer amarga como ella, pero ¿qué más podía hacer? ¿Qué otra opción me quedaba más allá de esas pequeñas respuestas? Pequeños momentos para hacer oír mi voz; en ningún caso la solución al problema. Me sentí tonta y enrabiada. ¿Por qué no podía darme todo igual? ¿Por qué no podía, simplemente, aceptar mi destino como todas las españolas solteras de las islas? ¿Por qué tenía yo que ser tan distinta? Me acerqué al tocador junto al jarrón de sampaguitas. Desde que tenía memoria, Bernardita siempre las colocaba sobre mi tocador. Las flores de Sampaga eran mis favoritas; pequeñas, modestas, blancas y parecidas al jazmín; habían estado presentes en mi vida desde que tenía recuerdo, como una educación exclusiva para mis sentidos. Según contaban las antiguas leyendas, las sampaguitas crecían al amparo de las hadas para invocar al amor verdadero, la única razón por la que se debía estar dispuesta a poner del revés la vida si fuera necesario, una versión que contrastaba con la opinión de mi madre, para quien el amor era algo completamente prescindible a la hora de pactar matrimonio. Me había acostumbrado a que el olor de aquellas flores llenara mi vida hasta sentir cómo me desprendía de lo que había heredado, de la educación que venía de España. Madrid quedaba aún más lejos de lo que los mapas indicaban.

La memoria de una niña de cinco años resulta inconcreta y desmedida a partes iguales y de esta manera recordaba yo la calle de Serrano, donde había venido al

mundo, en la planta superior de un edificio en cuyo piso principal vivía mi abuelo, Aurelio de la Fuente; distinguido juez, miembro del Tribunal Supremo y afín al partido conservador, aunque en su historia figurara una amistad directa con el general Prim más allá de sus discrepancias respecto al papel que debían ocupar los Borbones en el futuro de una convulsa España. El abuelo era un célebre magistrado, partidario de la monarquía y del orden instituido; un hombre formado, teórico y vehemente en la discusión, hasta casi extremos insostenibles según decían muchos.

Existía en aquella casa un aire de respeto y cuentas pendientes del que nunca se hablaba, pero que se percibía sin demasiada complicación. Recordaba nítidamente la sensación de temor cada vez que bajaba la escalera que separaba la casa de mis padres de la de los abuelos, un tramo interminable de peldaños y que, sin variación, yo recorría de la mano de mi niñera. Solía ir ataviada con uno de aquellos vestidos de enaguas almidonadas, zapatos acharolados que por lo general atrofiaban mis pequeños dedos y los rizos sujetos por lazos de terciopelo. Este y no otro era el cauce necesario para salir al paseo diario. Mi abuela, como después haría mi madre, debía dar el visto bueno a mi peinado y vestido, reconvenir a la niñera sobre cualquier error cometido y advertirnos sobre la corrección que yo, su única nieta, debía mostrar en el paseo.

En mi memoria aquella abuela, con su olor dulzón y llamativas anchuras, permanecía sentada en su butacón mientras pasaba revista a mi atuendo. Asunción de Urdáin y Azpirzu se había criado en una adinerada familia de la que había heredado una preocupación desmedida

por la imagen que en mucho contrastaba con las hechuras de su propio cuerpo. Mantenía mi abuela una dura pugna con los nuevos estilos, donde habían empezado a valorarse demasiado, según leía en revistas de moda, las líneas verticales en contra de las formas horizontales. El polisón había comenzado a disminuir de los marcos de alambre a una pequeña almohadilla, y los vestidos de las señoras, que se habían hecho más largos por detrás, cargaban con mejor montaje sobre las caderas. Lo alto y delgado ganaba aprecio y las faldas se aferraban a la silueta con aquel amarre de piernas que causaba verdadero escándalo.

Todavía podía escuchar las conversaciones de la abuela con otras señoras, su voz alzándose sobre las de sus invitadas para criticar de forma feroz los cambios que venían de Europa y, sobre todo, de París, lugar de referencia para los más bajos instintos.

—Ni me apeo de mi entendimiento sobre esas licencias en las ropas ni me rebajaré jamás a pensar con tolerancia sobre esas costumbres por mucha moda que se nos diga que impera en medio mundo y parte del otro. Y mira que mi hija ve estas cosas de una manera mucho más relajada que yo, y hasta mi marido, que nunca se mete en estos asuntos, ha llegado a decirme que no le parece tan escandaloso lo de ceñir la falda de ese modo. Pero ya se lo tengo dicho. No hay razón alguna para asentir con una moda que no conviene, distrae y, sobre todo, confunde, disfrazando a las señoras de tiotas cualesquiera. No, señoras. ¡De ninguna forma! Hay un nombre que vigilar y cuidar y en este punto no cabe la relajación. Hay que estar bien atentas a esos aires nuevos que nos hacen llegar anunciando que son brisas cuando la

única verdad es que son vendavales que arrasan con todo lo que encuentran.

Las invitadas de la abuela Asunción asentían con reverencial respeto al tiempo que se zambullían en el chocolate de la tarde. Recuerdo mirarlas con atención pensando cómo serían sus vidas en medio de tribus perdidas, sin apenas ropa, como había visto en alguna estampa de las revistas de *La ilustración española y americana* que mi padre guardaba en su despacho. Tenía que andar con cuidado con aquellos pensamientos y contener la risa que me producían. Nunca había estado bien visto reír sin venir a cuento en aquella casa. La abuela lo atribuía a una falta de educación y, aún peor, a un desequilibrio propio de la locura. Así era mi abuela, la casa de la calle Serrano y el apellido que años más tarde mi madre me recordaría que debía vigilar. De aquellos recuerdos de ese Madrid supongo que tomaría las primeras impresiones sobre la fotografía. Sentada sobre las piernas de mi abuelo, recuerdo haber guardado reverente atención al proceso de aquella primera toma de imagen familiar en la que todos parecíamos felices. Observaba al fotógrafo afanarse en darnos indicaciones antes de esconderse debajo de la tela que cubría las placas, por aquel entonces húmedas, y que con tanto cuidado debían preservarse de la luz. Recuerdo el nerviosismo de aquel hombre por tratar de realizar el proceso rápidamente y a mí misma fascinada con aquel armatoste, asentado en aquel trípode y lleno de una insondable sorpresa como si se tratara del mismísimo caballo de Troya.

De aquella época lejana recordaba a mis abuelos, la casa de Serrano y los paseos por Madrid. Salía siempre de la mano de la niñera, Vicenta Parra, una extremeña

resuelta y alegre que parecía escuchar con devoción y respeto todas las indicaciones de la abuela para luego hacer lo que le venía en gana. Ya en la calle disfrutaba escuchando el movimiento de la gente, los carruajes y las voces estridentes, tardes de cielo azul y nubes rosadas donde las flores de los mantones de las mujeres parecían acompañar la decoración de acacias plantadas en las aceras y que, según me había contado mi abuelo, el marqués de Salamanca había hecho traer de Vista Alegre. De la mano de Vicenta, bajábamos Serrano hasta llegar a la plaza de la Independencia para luego ir a las tiendas de textiles y, si se terciaba, comprar alguna prenda para casa. Si no había recados que hacer, simplemente entrábamos en los paseos del Buen Retiro, donde las niñeras se encontraban y disfrutaban el momento con charlas e indiscreciones.

Más de una vez había escuchado a mi padre hablar con familiaridad de las excelencias de Madrid, de sus veinte teatros, de las cátedras del Ateneo y de las discusiones en las sociedades científicas; de las asociaciones ilustradas que los abogados, los notarios, los procuradores y los agentes de negocios habían montado, igual que los comerciantes habían construido su Círculo y su Ateneo Mercantil. Y, por supuesto, siempre había escuchado hablar del Casino, donde cualquiera que quisiese alguna notoriedad tenía que ir y dejarse ver. Viejos, jóvenes, literatos, políticos, bolsistas, comerciantes, propietarios, empleados, representantes de todas las jerarquías sociales... Según mi padre, allí se sabía todo lo que se cocía en Madrid; los secretos de las grandes fortunas irreprochables ante la ley, pero quizá manchadas en conciencia; la miseria del que se paseaba en coche y debía

todavía el carruaje que le llevaba; las críticas despiadadas al político que claudicaba ante una flaqueza, a la dama que tenía una debilidad o al potentado que protegía a los amigos de su mujer...

Ese era el Madrid que yo recordaba y que había marcado a mis padres, don Fortunato Díaz e Isabel de la Fuente, poco antes de nuestro gran viaje a las islas Filipinas.

Mi padre era el cuarto de cinco hermanos de una renombrada familia gaditana dedicada a distintos, aunque nunca demasiado concretos, negocios de importación. Las posibilidades de mis abuelos habían hecho posible que recibiera una buena educación en la Escuela Central de Agricultura, donde había terminado cuatro años de residencia en Madrid más otros dos hasta completar sus prácticas. Pero, a pesar de la seriedad con la que había afrontado sus estudios, su carácter abierto hizo que también fuera asiduo de encuentros sociales y fue en uno de estos eventos donde conoció a mi madre. Cuando pensaba en las desalentadoras opiniones que ella tenía sobre el matrimonio, me costaba llegar a la conclusión de que la suya había sido una verdadera historia de amor. Sin embargo, en apariencia por amor se habían comprometido, y en el momento en que la relación fue conocida por las familias, ninguno de mis abuelos encontró inconveniente en que el matrimonio se celebrara. Mi padre consiguió plaza fija como profesor en la Escuela, trasladándose de manera definitiva a Madrid y pasando a formar parte del cuerpo de ingenieros agrónomos. Comenzaría desde ese momento a vivir en la planta superior del edificio donde residían mis abuelos maternos, decisión que decretó el final de su pasional

historia con mi madre y desentrañó las verdaderas razones de nuestro viaje.

Justo antes de casarse con mi madre, mi padre había comenzado a formar parte del Ateneo Científico y Literario, cuyo ideario se convertiría en lema de su vida. «Sin ilustración pública, no habrá verdadera libertad. De esta dependerá la consolidación y progresos del sistema constitucional y la fiel observancia de las nuevas instituciones», le había escuchado repetir hasta la saciedad. Tras este semblante no tardó en aparecer un ideario político cercano al partido demócrata que vino a afianzarse con la Primera República, quedando definitivamente servido el enfrentamiento ideológico con mi abuelo.

El recorrido de la República fue corto, sus partidarios cayeron en desgracia y la hostilidad entre mi padre y mi abuelo llegó a un punto de enrarecimiento difícil de coexistir con la vida cotidiana. Las habituales bajadas de una casa a otra dejaron de producirse y mis paseos con Vicenta ya no pasaron por la supervisión de la abuela, a la que comenzamos a ver muy de tanto en tanto. Mis recuerdos de aquellos años resultan tristes y oscuros. Me costaba conciliar el sueño y más de una vez me levanté de noche y escuché discusiones entre mis padres. De una manera callada y poco estridente mi madre le recordaba todas las ayudas que mis abuelos le habían proporcionado en Madrid, sus ascensos en la universidad y hasta la propiedad de nuestra casa. Mi padre, por su lado, le recordaba que él jamás había pedido nada y, orgulloso, esgrimía que no quería sentirse deudor de ningún favor que no se hubiera ganado con el sudor de su frente. Por lo general todas estas disputas terminaban de una forma similar, con mi madre echándose a llorar la-

mentándose de su suerte y mi padre solo en el despacho, hojeando sus papeles con cara de preocupación. No pasó mucho tiempo para empezar a ver que en su mesa comenzaban a amontonarse noticias sobre Filipinas. Comencé a ver revistas alusivas, ilustraciones y alguna carta con franqueo lejano. No recuerdo muy bien cuánto tiempo transcurrió desde esta situación hasta llegar al día en que mi padre comunicó en casa que debíamos prepararnos para marchar a Manila, ya que gracias a distintos contactos del Ateneo había aceptado un puesto ofrecido por la Real Sociedad Económica de Amigos del País para poner en marcha la potenciación de la producción ganadera y agrícola a través de una iniciativa que habían decidido bautizar como *granjas modelo*. Lo que sí recuerdo fue la reacción desesperada de mi madre, incapaz de asumir que su vida entera iba a cambiar con este viaje. Obligada a despedirse de su familia y su país, tenía dos opciones; rebelarse o aceptar una vida supeeditada a las decisiones de su marido, como le obligaba su matrimonio y educación. Incapaz de iniciar ninguna revolución, asumió su destino y, entre sollozos, se despidió de mis abuelos mientras yo permanecía cogida de la mano de mi padre. Creo que nunca he visto lágrimas tan amargas y sinceras como aquellas de mi madre abrazada a la abuela Asunción. Por lo demás, mi abuelo estrechó con frialdad la mano de mi padre, deseándole buena suerte. Después me miró con tristeza, como si mi destino fuera el peor que jamás hubiera imaginado para su única nieta. Mientras todo esto ocurría, mi padre mantenía mi mano bien agarrada, apretando con fuerza, como si tratara de infundirme valor para enfrentar cualquier palabra de desaliento. Aferrada a su mano me sentía segura.

Tampoco guardo un recuerdo nítido del tiempo que transcurrió para los preparativos del viaje. Sé que, una vez preparado todo el equipaje, que aparte de nuestras maletas personales implicaba el desplazamiento de enseres y muebles de la casa, emprendimos rumbo a Cádiz a casa de los abuelos paternos. Allí el abuelo Enrique, padre de mi padre, se había ocupado de organizar el viaje para la familia. Viajaríamos en el buque Viñuelas, que pertenecía a la compañía de vapores y correos del marqués de Campos, con quien mi abuelo tenía relaciones constantes por sus negocios y de quien consiguió trato de favor para el embarque. El día antes de salir de viaje no conseguí dormir bien presa de la excitación y a primera hora ya estaba lista para el traslado. Al acercarnos a puerto me sorprendió el gran buque con su casco de acero, sus dos enormes palos y su gran chimenea en el centro. No fui demasiado consciente de que esta sería nuestra casa durante más de un mes y encontraría limitaciones en lo que en ese momento me parecía inmenso.

Desde una de las cubiertas nos despedimos de los abuelos e iniciamos viaje rumbo a nuestra primera escala prevista en Barcelona. Según me había contado el abuelo Enrique, el vapor tenía la obligación de establecer comunicación entre Singapur y Manila para recoger la correspondencia española con destino a Filipinas. Para ello, tras Barcelona, haríamos escala en Port Saíd, Suez, Adén y Punta de Gales, antes de llegar a Singapur y finalmente a Manila. Recuerdo un viaje largo aunque nunca guardé la versión de pesadilla de mi madre al respecto, tan solo unos primeros días de adaptación al mar y los paseos que daba con mi padre por las cubiertas del barco mientras ella permanecía ausente en el camarote.

Era la única niña y no tardé en percibir la aventura como un verdadero juego en el que los pasajeros —unos setenta y dos entre funcionarios, religiosos y militares— me regalaban historias y apreciaciones sobre el mar Rojo, al que pronto rebautizamos como el mar de fuego, por el calor sofocante que pasamos y que se vería acrecentado tras cruzar la bahía de Suez y los fondeos obligatorios para dar paso prioritario a los buques británicos, a los que observábamos con envidia desde cubierta.

Me gustaba mirar el mar y descubrir animales en él. Recuerdo haber visto delfines tras nuestra estela, y alguien dijo ver de lejos una ballena que yo no llegué a distinguir. Pero, sobre todo, recuerdo en mi memoria las puestas de sol en la línea del horizonte que me acompañaron muchos días como un arrullo que compartía abrazada a mi padre. Todos aquellos momentos volvían a mí con esfuerzo, como si hubieran quedado diseminados en mi memoria como una amalgama indefinida del primer recuerdo infantil, tibio y cálido, más inconsciente que pleno.

Nos llevó unos treinta días alcanzar el mar de China y divisar la bahía de Manila, a la que llegamos a mediados de junio. El ajeteo de los preparativos para el desembarco, la insistencia de mi madre para tenerlo todo bajo control, puesto que en las bodegas parecía haber determinados extravíos y ella no terminaba de fiarse de la tripulación..., todo era un ir y venir incesante del que quedé aislada. Sin saber cómo, terminé sola, agarrada a mi muñeca y en medio de la cubierta principal. Nos abríamos paso con sirenas y bengalas que anunciaban la llegada del buque con correo. Y allí estaba, con su bienvenida de calor sofocante, la isla de Corregidor como primera tie-

rra cercana ya dentro de la gran bahía de Manila. Desde la costa las palmeras y la extensa vegetación ofrecían un recibimiento similar a las lecturas de mi abuela Asunción sobre el Paraíso bíblico. Por mucho que mi madre hubiera sufrido y llorado sobre aquel viaje, yo asistía al encuentro de una tierra frondosa, verde y grandiosamente espectacular. Mientras mis ojos se ensanchaban fascinados por todo lo que estaba ocurriendo, pude ver cómo un par de vaporcitos se acercaban hasta nosotros para ayudar en el desembarque. Oficialmente habíamos concluido nuestro viaje.

—¡Fondo! —se escuchó gritar desde la cubierta. El Viñuelas había arribado a puerto y fue recibido por los oportunos cañonazos.

Aquel recuerdo sonoro se fundió con los golpes en la puerta de mi habitación, sacándome rápidamente de mi recuerdo. Por la forma de llamar sabía que se trataba de Bernardita, que, en efecto, no tardó en hacer acto de presencia. Pensé que venía, tal y como había anunciado mi madre, a ayudarme con el vestido, pero pronto advertí que sus encarnadas mejillas traían más novedades de las esperadas.

—¿No sabes quién llegó ayer mismo desde Hong Kong?

Reconozco que miré a Bernardita con cierta desgana impostada aunque en realidad ardía en deseos de recibir noticias.

—¡Felipe de Ayala, niña! Ha terminado sus estudios. Y dicen que ha vuelto hecho todo un hombre. Irá a la fiesta del Cabildo de esta tarde.